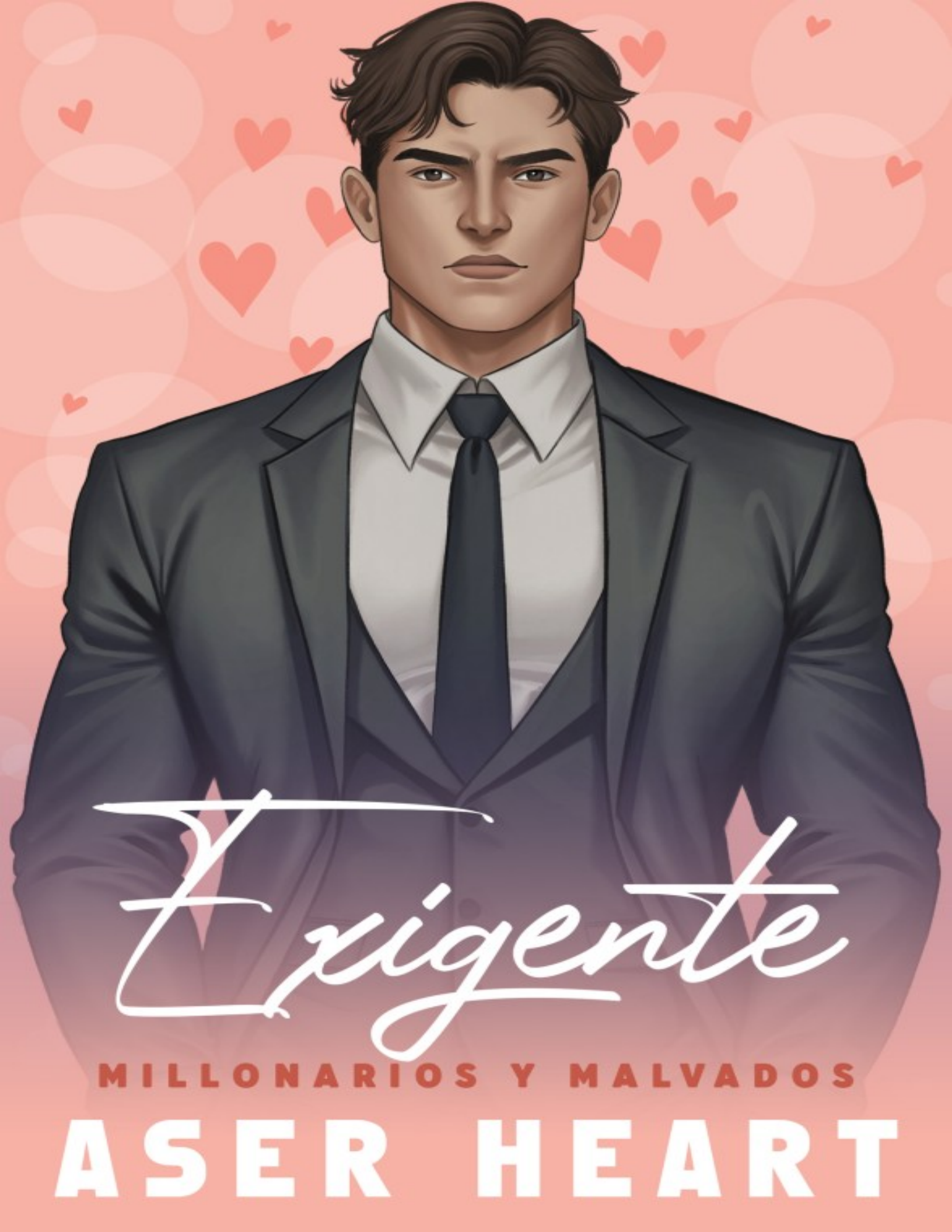

Exigente
MILLONARIOS Y MALVADOS
ASER HEART

Exigente

MILLONARIOS Y MALVADOS

ESCRITO POR

ASER HEART

Título del libro: Exigente – Millonarios y Malvados
© Aser Heart, 2026
Primera edición publicada en febrero de 2026

«Esta novela es una obra de ficción. Cualquier alusión a hechos históricos, personas o lugares reales es ficticia. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor y cualquier parecido con episodios, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.»

«No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Reservados todos los derechos.

No fue fácil trabajar para Dídac Puig.
Ese cabrón me detestaba.
Hasta que descubrí su sucio secreto.
Dídac era un hombre maduro que estaba enamorado de mi padre.
Dios… me moría de ganas de vengarme.
Y lo hice.
El problema era que también caí.

Advertencia para los lectores:

Este libro contiene contenido explícito y trata temas que pueden no ser adecuados para todos los lectores. Entre los temas abordados se incluyen relaciones románticas y sexuales que presentan una diferencia significativa de edad, así como elementos del género romance oscuro. Esto puede incluir situaciones de manipulación emocional, violencia, y otros aspectos perturbadores.

Recomendamos discreción y sugerimos que los lectores más sensibles, o aquellos que puedan sentirse incómodos con estas temáticas, consideren sus propios límites antes de continuar.

ÍNDICE

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Otros libros escritos por el autor
Contacta conmigo

Capítulo uno

Axel Blanc

Cuando llegamos a China, los fundadores de *Bluig Biotecnologies* no imaginaron que un laboratorio asiático aceptaría un contrato millonario. Después de años de competencia en el mercado europeo, *Tiansu Life Sciences Group* cerró el acuerdo que les propusieron antes de que les sirvieran el postre. En una breve charla, Dídac y mi padre lograron expandirse, ganar prestigio y presionar a la competencia que quería pisarles los talones.

Los dueños del laboratorio brindaron con nosotros y abandonaron el restaurante del hotel a las dos de la madrugada. Todos tenían buen ritmo a la hora de beber, excepto mi padre, que se quedó dormido a la tercera copa.

Al terminar mis estudios, acepté formarme con él porque algún día heredaría la presidencia de Bluig Biotecnologies; el otro socio no había tenido descendencia y no parecía importarle su legado.

Me gustaba trabajar con mi padre, el problema lo tenía con Dídac Puig. Era un hombre serio, distante y no era capaz de tratarme con la misma amabilidad con la que se dirigía a los demás. Siempre que nos quedábamos a solas, fruncía el ceño y se limitaba a ignorarme.

—Tenemos que seguir con la celebración —dijo mi padre al despertar un instante. Agitó su copa y le pidió a su amigo que la llenara—. Brindemos.

Dídac miró su Rolex y negó con la cabeza.

—Has bebido más de la cuenta, Jordi —respondió con una sonrisa que se le escapó—. Será mejor que vuelvas a tu habitación y descanses. Le prometiste a Leire que la llamarías a primera hora.

—Es cierto. Tengo que llamar a tu madre.

Mi padre alborotó mi cabello y se levantó de la mesa. Dídac se ofreció a acompañarlo, pero él insistió en que siguiera divirtiéndose conmigo. Lo que no sabía era que, mientras estuvo inconsciente, su amigo se limitó a mirar el móvil y olvidó que había alguien más con él.

Le di otro trago a mi cerveza.

Ni siquiera el hombre que tenía delante de mis narices era capaz de mirarme, así que alcé el brazo y, con la amabilidad que heredé de mi madre, pedí a la camarera que me sirviera otra birra. La empleada del hotel dejó a los otros clientes y se acercó de una forma coqueta que no podía ignorar.

Estaba dispuesto a darle mi número de teléfono cuando la risa seca de Dídac me detuvo:

—¿Es lo único que sabes hacer? ¿Ligar con mujeres mientras tu padre y yo nos esforzamos por dar visibilidad a nuestra empresa? —escupió con maldad, y tuve suerte de que la dama era inglesa y no entendía el español—. ¿Qué pasará mañana con Bluig Biotecnologies? ¿Venderás la sociedad? ¿O pretendes arruinarla?

Sacó de su americana la cartera y pagó la cuenta de todos con su dinero.

—No quiero ni escuchar tu respuesta. Se lo dije a Jordi —murmuró—, eres demasiado joven para trabajar con nosotros. Fue un error traerte a este viaje.

Realmente me detestaba.

No importaban las horas que pasaba en la oficina, nunca eran suficientes para Dídac. Solo me veía como el hijo inútil del hombre que me enseñó todo. Si no enfrentaba a ese idiota de Puig, era por mi padre. Sabía que lo admiraba y era un gran amigo para él, pero en el fondo me moría de ganas de dejarle las cosas claras y mandarlo a la mierda.

—Debo darte mucho asco si no eres capaz de mirarme a los ojos mientras vomitas bilis.

Se levantó de su asiento, me tendió su bebida y, con un gesto de indiferencia, respondió:

—Limítate a disfrutar de tu cerveza. Los adultos seguiremos trabajando mañana.

Y se fue.

El cabrón volvió a reírse de mí, insinuando que no hacía nada bien y que estorbaba en ese viaje de negocios. Me despedí de la camarera y terminé marchándome solo a mi habitación. La ira encendió mi cuerpo y un calor insoportable provocó que me deshiciera de la americana y del nudo de la corbata. Arrastré los zapatos por la alfombra del piso 48 sin darme cuenta de que mi padre estaba delante de mi habitación.

—¿Axel?

—¿Qué haces despierto, papá? —le respondí con otra pregunta.

Ni siquiera se había quitado la ropa. Llevaba la camisa blanca empapada en sudor y tuve que cubrirlo con mi blazer.

—Estoy buscando mi corbata. La de rayas azules. Me la regaló tu madre. Es muy importante para mí.

—Mamá no se enfadará si la pierdes.

—La necesito —insistió.

Pensé que se le había caído, pero no vi nada. Lo llevé a su habitación y busqué el accesorio hasta debajo de la cama. No había rastro de la corbata que le regaló mi madre, aunque se quedó dormido abrazando la almohada. Le quité los zapatos, lo tapé con el edredón y le di las buenas noches antes de dejarlo descansar.

Estaba seguro de que, si esa prenda no aparecía, mi padre lo pasaría muy mal cuando el alcohol dejara de circular por su torrente sanguíneo.

No me quedó de otra que preguntarle a Dídac.

Los cabrones como él solían quedarse hasta tarde para planificar todo lo que haríamos al día siguiente en Shanghái. Crucé todo el pasillo y, cuando llegué frente a su puerta, me remangué la camisa antes de golpearla con los nudillos.

Aunque no hizo falta.

La puerta estaba abierta y las luces encendidas.

—¿Hola?

Nadie respondió.

Lo único que escuché fue un gemido profundo que venía del baño. Me acerqué confundido y guardé silencio cuando los gruñidos envolvieron toda la habitación.

Por un momento pensé que Dídac estaba enfermo y que no había sido capaz ni de cerrar la puerta, pero cuando asomé la cabeza, todos esos pensamientos desaparecieron.

Ver al idiota de Puig masturbándose sentado en la tapa del váter me sorprendió. Estaba desnudo, acariciándose mientras envolvía su erección con una prenda azulada.

—Jordi… —gimió el nombre de mi padre, y de repente fue imposible ignorar aquella escena. Ahí estaba, masturbándose con la corbata que llevaba buscando desde hacía minutos.

Dídac echó la cabeza hacia atrás, dejando que la tela se deslizara lentamente a lo largo de su erección. Sus ojos marrones se cerraron mientras su respiración se hacía más profunda y entrecortada.

—Fóllame, Jordi. Hazlo.

Sus súplicas de deseo me pusieron el vello de punta.

Podría haber dado media vuelta y desaparecer de su habitación, fingiendo que no había visto nada. Lo más fácil habría sido bajar al bar del hotel, pedir el whisky más caro y borrar aquella imagen que me tenía anclado.

No podía moverme.

Luché contra el calor inesperado que me recorría desde el estómago hasta la entrepierna. Se me aceleró el pulso y me mordí la punta de la lengua para evitar cualquier sonido.

Saqué el teléfono y grabé cada movimiento de Dídac, jadeo y gemido incluidos.

—Jordi… —siguió llamando a mi padre—. Más fuerte y rápido.

Mi cuerpo respondió a su voz. Estaba tan excitado que, si el idiota de Puig se hubiera dado cuenta de mi presencia, me habría corrido sin necesidad de tocarme.

Aunque no sucedió.

Su torso terminó empapado en sudor mientras gritaba una vez más el nombre de su amigo.

«*Y seguro que me detestas porque he arruinado los planes que tenías con mi padre. Serás pervertido, Dídac*», pensé, con una sonrisa de satisfacción que jamás imaginé dedicarle a un tipo como él.

Capítulo dos

Axel Blanc

El silencio en el desayuno no duró demasiado. Mi padre empezó a quejarse de un terrible dolor de cabeza y el café con sal no fue suficiente para aliviarlo. Ni siquiera recordaba lo que pasó después de firmar con los dueños de *Tiansu Life Sciences Group*. Se golpeó la frente contra la mesa y me pidió que le consiguiera un ibuprofeno.

Intenté obedecerle, pero cuando vi la silueta de Dídac entrando en el salón, volví a ocupar mi asiento y le pedí a mi padre que esperara un poco más. El señor Puig dejó su amargura en su habitación y me dedicó una sonrisa amable.

—¿Has descansado? —le preguntó a su amigo.

—No, en cualquier momento me explotará la cabeza. ¿Por qué no impediste que dejara de beber? Ya sabes cómo me pongo, Dídac —le reclamó—. Además, he olvidado todo lo que tenía pendiente para hoy.

Su amigo rio y sacó la corbata que mi padre había buscado desesperadamente la noche anterior.

—La próxima vez sí limitaré el alcohol. Mira lo que encontré en el pasillo —dijo para animarlo, y lo consiguió—. Es tu corbata, ¿no?

Seguía con jaqueca, pero por nada del mundo olvidaría uno de los regalos de mi madre. Estaba convencido de que, en cuanto hiciera la maleta y no encontrara la corbata, habría montado un escándalo en el hotel hasta que la recuperara.

—¿En el pasillo? —repitió confundido—. Muchas gracias, Dídac. No sé qué hubiera hecho si la hubiera perdido… Dios —no pudo seguir—, y eso que Leire sigue en mi vida.

Conocer el sucio secreto de Dídac y ver cómo mentía a mi padre me revolvía el estómago. Pero a la vez, ese lado travieso que intentaba ocultar cuando trabajaba con ellos se moría de ganas de jugar sus cartas y molestarlo hasta que me suplicara que me detuviera.

Solo quería escuchar una disculpa.

Que dejara de ser un cabrón conmigo por el simple hecho de ser el hijo de su amor no correspondido.

—Deberías llamar a mamá —le recordé, saboreando mi café—. Son las ocho de la mañana. Hazlo antes de que la pilles conduciendo.

Y de nuevo, volvió a cambiar el rostro de Dídac.

Mi padre me dio las gracias y abandonó nuestra mesa para contactar con su amada. Dídac se quedó cruzado de brazos y levantó esa ceja poblada de canas que delataba lo irritado y molesto que estaba conmigo.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No te molestes. Cuando vuelva tu padre me marcharé.

Tenía que retenerlo.

Tener toda su atención en mí.

—¿Por qué un hombre como tú, atractivo y con dinero, no se ha casado ni ha formado una familia? —me encogí de hombros y observé su pecho marcado bajo la fina camisa negra.

Sus ojos marrones me miraron con desprecio. La tensión entre nosotros se podía cortar con un cuchillo.

—No tengo tiempo para cargas familiares. Prefiero centrarme en mi trabajo.

Quería molestarlo un poco más. Preguntarle cuánto follaba a la semana o cuántas veces se masturbaba al día, pero dejé esas estupideces de lado y fui un paso más allá.

—¿Te pone cachondo mi padre?

—¿Qué?

Había escuchado bien. No se lo esperaba.

—Le has mirado el culo cuando se ha levantado de la mesa.

—No digas tonterías, niñato.

Me relamí los labios. Era la primera vez que podía jugar con ese cabrón, y no iba a desperdiciar la oportunidad.

—Anoche me pasé veinte minutos buscando la corbata de mi padre —empecé—. Revisé su habitación, recorrí el pasillo de arriba a abajo, miré debajo de las camas, detrás de las puertas… y, ¿te imaginas dónde estaba al final? Te juro que todavía me estremezco solo de pensarlo.

Estaba tan pálido que pensé que le iba a dar una embolia o un infarto cerebral. Por un instante se quedó mudo, apretó sus carnosos labios y bajó la mirada hasta su taza.

—Puedes parar, Axel.

Era extraño escucharlo decir mi nombre así, con esa voz de cincuentón seguro, gruesa y cálida, capaz de volverme a poner cachondo.

—Estuviste envolviendo tu polla con la puta corbata.

—¡Estás loco! —elevó la voz sin darse cuenta.

Intentó recuperar el control, pero no lo logró.

—Te vi —saqué mi teléfono y desbloqueé la pantalla. El vídeo que grabé comenzó a reproducirse. Ambos podíamos escuchar sus

jadeos, su respiración entrecortada y cómo suplicaba que mi padre lo follara—. ¿Cuál es tu excusa, Dídac?

Me quitó el móvil cuando alcanzó el clímax.

—Yo… no sé… —parecía idiota, y eso que era un hombre culto y con un vocabulario extenso—. Por favor, Axel.

«*Mierda*», pensé, dándome cuenta de lo excitado que estaba.

—¿Qué intentas pedirme?

—No le digas nada a tu padre.

Toda esa ira y rencor se desvaneció. Se veía derrotado, confundido, humillado por lo sucedido. Un veinteañero, escondido tras la puerta de su baño, había escuchado cómo fantaseaba con su amigo. Y lo más grave —y de lo que él no era consciente— era que había logrado ponerme a mil.

Ambos escuchamos la voz de mi padre aproximarse. Terminó su conversación con mi madre y se dirigía hasta nosotros para terminar con su desayuno.

—Haré cualquier cosa —insistió.

Eso me hizo gracia.

—Por favor.

Me levanté, rodeé la mesa y me acomodé detrás de él, dejando que mi aliento rozara su oreja mientras susurraba mis planes:

—Ven a visitarme a mi habitación. Esta conversación todavía no ha terminado.

La palidez se desvaneció y un rubor intenso subió por su cuello. Pude notar cómo se tensaba al sentirse humillado y atrapado por un niñato. No era capaz de negarse.

—¿Ya te vas, Axel? —musitó mi padre.

—Sí, os dejo a solas.

Me alejé y no pude evitar imaginar cómo podría humillarlo un poco más. Jugar con su orgullo y su cuerpo me excitaba más que la sonrisa coqueta de la camarera del hotel.

Solo quería torturar y divertirme un poco con Dídac antes de volver a España.

¿Hasta dónde llegarían mis perversos planes?

Capítulo tres

Dídac Puig

Me gané su odio y encontró la oportunidad de vengarse.

Ni siquiera podía recordar cuándo empecé a detestar al hijo de Jordi… Bueno, mentía. Sí recordaba el día en que decidí ignorarlo y tratarlo como a un niño idiota de veintitantos años. Fue cuando Jordi me lo presentó. Axel acababa de salir de la universidad y necesitaba un lugar para finalizar sus prácticas, así que decidió que Bluig Biotecnologies era la empresa perfecta para él.

Sus ojos pardos, el cabello castaño y esa nariz afilada eran la viva imagen de la mujer de la que estaba enamorado Jordi. Axel y Leire eran muy parecidos, y lo odié porque no era capaz de guardar rencor a una mujer que se casó con mi socio.

Me enamoré de él en la universidad y, cuando le declaré mi amor, lo único que me respondió fue que estaba a punto de casarse con Leire Comes porque ella se había quedado embarazada. Los primeros años fueron duros, pero seguí trabajando codo con codo con él.

Cada día que lo veía a mi lado, compartiendo el mismo despacho, la ilusa idea de que algún día podría fijarse en mí se volvía más absurda y, al mismo tiempo, más inevitable. Me bastaba su cercanía, el sonido grave de su risa llenando la oficina y su mano apoyada en mi hombro a la hora de revisar cualquier informe.

Sabía que nunca sería más que su socio, su amigo o el hombre de confianza al que llamaba de madrugada para hablar de cifras y contratos.

Pero, aun así, una parte de mí insistía en imaginar qué habría pasado si me hubiera mirado como yo lo miraba a él. Y esa

esperanza, tan silenciosa como imposible, fue la que me condenó desde el principio.

Por eso cometí la estupidez de organizar un viaje a Shanghái.

Tenía la esperanza de que, la noche en que bebiera más de la cuenta, podría besarlo y ser correspondido; que Jordi me miraría diferente y me susurraría al oído que estaba dispuesto a dejarlo todo para estar a mi lado.

Y terminé siendo descubierto por su hijo.

Mi móvil vibró.

Tenía un mensaje de Axel.

Hijo de Jordi:

¿Dónde estás?

Te estoy esperando en la habitación 487.

¿Cómo podía presentarme en su habitación y enfrentar lo que él mismo había grabado?

No podía decirle que estaba más excitado de la cuenta y que aproveché que Jordi había perdido su corbata para masturbarme con aquel trozo de tela. Y, si intentaba pasar de ese niñato, se lo contaría todo a su padre.

No podía comprar su silencio con dinero, y mucho menos con chantajes. Acepté que, en unos años, ese chico dirigiría nuestra empresa. Se lo prometí a Jordi y cumpliría mi palabra.

Pero ¿qué podía hacer?

¿Cómo iba a solucionar mi propio desastre?

Dejé de pensar más de la cuenta y le obedecí. Seguí las órdenes de un veinteañero que ansiaba burlarse de un hombre como yo.

«*Se acabó. Lo perderé todo*.»

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda al llamar a su puerta. Mi mente seguía debatiéndose entre la lógica y la urgencia de ponerme de rodillas ante él y suplicarle que lo olvidara todo.

Aunque sabía que no funcionaría.

—Pensé que no vendrías —dijo mientras me invitaba a pasar.

Sus ojos brillaban con una mezcla de placer y autoridad que le concedí con mi torpeza. Alguien tan joven consiguió dejarme sin aliento y sin articular palabra.

—Ponte cómodo.

Su voz me hizo temblar.

—¿Qué quieres, Axel?

Acarició mi nuca y se pegó a mí.

—De momento, solo quiero que te desnudes.

Se había vuelto loco.

—Deja de burlarte de mí. No tengo edad para tonterías…

—Lo digo en serio, Dídac. Quiero que te desnudes —agarró mi rostro y se aproximó un poco más—. Te prometo que no le diré nada a mi padre, pero quiero que te desnudes, que te sientes en mi cama y te masturbes como lo hiciste en el baño. No he conseguido una de las corbatas de mi…

Lo aparté para callarlo.

—¿Por qué me haces esto?

—Solo quiero divertirme.

—Eres un hijo… —estuve a punto de faltarle al respeto a su madre, pero sacudí la cabeza—. Lo lamento muchísimo.

No quería escucharme.

Me cogió por la chaqueta y me empujó hasta la cama. Caí sentado y lo miré confundido. Axel arrastró una silla y volvió a darme la misma orden:

—Bájate los pantalones, piensa en mi padre y mastúrbate para mí.

No sé quién estaba más enfermo de los dos: él por pedirme que pensara en su padre mientras me tocaba, o yo por aceptar sin insistir una última vez.

Tiré de la cremallera del traje y bajé los pantalones junto con la ropa interior. Quedé desnudo, como me pidió, y tuve que humedecer los dedos con saliva antes de tocarme. Mi respiración se aceleró; no podía creer que estuviera a punto de masturbarme delante de él.

Comencé torpemente a acariciar mi polla. Cada movimiento lento y prolongado era observado por Axel. Cuando el presemen empezó a deslizarse a lo largo del tronco, mis jadeos resonaron por toda la habitación.

Me estaba poniendo cachondo sin necesidad de imaginar a Jordi.

Eso era malo.

Terriblemente malo.

Y no fui el único.

Axel también estaba excitado.

Su mirada fija en mi miembro lo decía todo: las mejillas encendidas, el labio atrapado entre los dientes y cómo se frotaba la

bragueta al notar lo duro que estaba.

—¿Estás pensando en él? —su sonrisa se ensanchó cuando negué con la cabeza.

Seguí rodeando mi polla con la mano y dejé que los gemidos siguieran escapando. Axel se levantó de la silla y se aproximó con paso lento. Hundió los dedos en mi cabello y gemí al retorcerme sobre la cama.

—Te has dado cuenta, ¿verdad? Has conseguido ponerme cachondo por segunda vez consecutiva —tiró un poco más de los mechones que aprisionaba y me obligó a mirarlo—. Anoche, cuando salí de tu habitación, tuve que encerrarme en la mía para correrme. Eso no está bien, Dídac. Fue culpa tuya y tendrás que solucionarlo.

—Lo siento —murmuré como un idiota.

Él se limitó a sonreír.

—Quiero que lo soluciones.

—Estoy haciendo lo que me pediste —señalé mi polla, que no tardaría en explotar.

Negó con la cabeza y desabrochó el botón de sus pantalones negros.

—Estoy insinuando que me la chupes. Eso es lo que quiero que hagas por mí, Dídac.

Había perdido la cabeza.

Dejé de tocarme y me levanté de la cama.

—Estás loco.

—No. Estoy muy cachondo y quiero que me hagas una mamada.

Capítulo cuatro

Axel Blanc

¿Le había pedido demasiado?

Por un momento me arrepentí, pero cuando me llevó hasta la silla que había dejado frente a la cama y me pidió que me sentara, disfruté de lo que tenía preparado para mí. Tener a Dídac arrodillado entre mis piernas, dispuesto a sostener mi polla con la mano, me hizo tragar saliva.

De sus labios escapó un hilo de saliva con el que humedeció mi rabo. Me masajeó como le pedí y cerré los ojos cuando sus movimientos me arrancaron un jadeo. Me habría encantado golpear su mejilla con mi polla, restregársela por la cara hasta que entreabriera esos labios carnosos y lamiera toda mi longitud.

No fue posible.

Me llevé las manos a la cabeza y suspiré por lo caliente que estaba. Era la primera vez que perdía el control por un hombre de la edad de mi padre que, además, sentía algo por él. Era extraño, aunque en el fondo me ponía a mil.

—Usa la boca, Dídac.

No tuve que repetirlo.

El señor Puig abrió la boca y engulló mi miembro sin titubear. Estaba tan acostumbrado a sus protestas y al ceño fruncido que se me hacía raro verlo tan obediente conmigo.

Exploré el calor de su boca y no tardé en tomar el control. Volví a aferrarme a su cabello canoso y empujé las caderas hacia delante para hundirme más. Estaba tan profundo que pude escuchar sus arcadas.

Dídac se apartó e intentó recuperar el aliento.

—Me estabas ahogando.

No era consciente de cuánto me excitaba oírlo con la voz entrecortada. Sostuve su rostro entre mis manos y limpié las lágrimas traicioneras que se le escaparon sin darse cuenta.

«*Joder*…», tenía ganas de besarlo. «*El cabrón es jodidamente atractivo*.»

—Deja de sonreír —me pidió.

—No quiero correrme en tu boca. Me gusta la idea, pero había pensado en algo mejor.

Estaba tan excitado que quería follarlo.

¿Cómo se le proponía echar un polvo a un hombre?

¿Ponte a cuatro patas que te follo?

¿Estás dispuesto a abrirte para mí?

No podía olvidar que Dídac Puig seguía siendo amigo y socio de mi padre. Si le faltaba al respeto en ese viaje de negocios, en unas semanas no podríamos mantener ni una conversación decente.

Aunque, en realidad, eso nunca sucedió.

Me odió tanto que prefirió tratarme como a alguien inferior.

Eso me irritaba.

Y, al mismo tiempo, me excitaba todavía más.

—¿Con cuántos hombres te has acostado?

—¿A ti qué te importa? —respondió, sin darse cuenta de lo duro que seguía.

Apoyé mi frente en la suya y respiré su perfume. Dídac no se apartó, y eso era buena señal. Volvió a bombear mi polla con la mano y sostuvo mi mirada sin pestañear. Me sentía halagado. Tenía toda su atención. No saldría huyendo. Era el momento perfecto para confesarle que lo quería en la cama, abierto de piernas para hacerlo mío.

En algún momento me convertí en su fantasía.

Estaba seguro.

Permitir que el hijo del hombre al que amaba lo poseyera debía de volverlo loco y, a la vez, satisfecho por poder tocar a un Blanc.

—No quiero eyacular. No todavía.

—¿Quieres que vuelva a usar la boca?

—Quiero follarte ahora mismo.

Se le escapó una risa nerviosa.

—Dudo que sepas cómo funciona el sexo anal.

¿Me estaba retando?

Rodeé su cuello con las manos y, al instante, soltó mi polla.

—Solo tengo que lubricarte bien. Soy consciente de que no tienes un coño entre las nalgas —me levanté, aparté la silla y lo alcé conmigo—. Estás temblando, Dídac. Igual que yo, lo deseas. Quieres que te arroje otra vez a la cama, que me ponga un condón y te folle hasta que nos corramos los dos. Solo quiero que me lo pidas. Dime que te folle. Suplícame que lo haga.

Mi desesperación empezaba a desbordarme.

Tragó saliva y cedió.

—Fóllame. Hazlo antes de que me arrepienta.

Era la invitación más jugosa que había recibido en semanas.

Acabamos sobre la cama.

Dídac hundió la cabeza en la almohada y yo me limité a acariciar su trasero firme. Podía oír los gemidos que intentaba reprimir. Presioné suavemente su entrada para que esos sonidos escaparan con más fuerza.

—¿Cuántos dedos soportas antes de que te folle?

Le molestaba que hablara, pero quería seguir provocándolo.

—Qué te jodan.

—Respuesta incorrecta —humedecí bien los dedos y bastó con frotar sus pliegues para hacerlo temblar—. Relájate. Sé cuál es mi tamaño; me adaptaré para no hacerte daño. Pero tienes que colaborar. Respira hondo y disfruta.

Tiró de las sábanas en un intento de aferrarse a algo.

—¿Siempre hablas tanto? Fóllame de una puta vez.

«*Eres idiota, Puig*.»

Me habría gustado prepararlo un poco más, pero si tenía prisa, ¿quién era yo para negarme? Coloqué las manos sobre sus caderas y las apreté con fuerza mientras frotaba mi polla contra su entrada.

Sus gemidos me invitaban a seguir y, cuando estaba a punto de penetrarlo, su móvil empezó a sonar.

Dídac estiró el brazo, recogió los pantalones y maldijo al ver el nombre de mi padre.

—Joder.

—Es lo que intento.

—Cállate, Axel. Es tu padre.

Respiré hondo.

—Ignóralo.

—No puedo.

Lo sujeté del pelo plateado y me acerqué a su cuello.

—Estaba a punto de follarte.

—No deja de insistir.

«*Ahora mismo te mataría, papá*.»

—Responde —le ordené.

—No.

—Hazlo —insistí—. Habla con él.

Intentó aclararse la garganta y descolgó. Permanecí a horcajadas sobre él, escuchando la conversación.

—Había pensado que podríamos salir a cenar. Como Axel no me coge el teléfono y ayer estuvo tonteando con la camarera, imagino que estarán juntos —rio—. ¿Qué te parece la idea?

—¿Tú y yo?

Noté su entusiasmo. Más del que mostraba conmigo.

Y eso me molestó.

Muchísimo.

Le arrebaté el teléfono, activé el altavoz y, movido por un impulso rencoroso, lo penetré sin contenerme.

—Sí, tú y yo.

Se sentía demasiado bien. Perdí el control de la profundidad. Se le escaparon varios gemidos que intentó ahogar con la mano. Mi

respiración se volvió áspera; no hice nada por disimularla. Solo podía moverme y dejarme llevar por el placer.

—¿Dídac? —insistía mi padre al otro lado.

En ese instante, Dídac era mío.

No me importó la preocupación de mi padre ni cómo Puig luchaba por mantenerse en silencio.

—Cuelga el puto teléfono —le susurré al oído.

Capítulo cinco

Dídac Puig

Tenía que confesar que estaba disfrutando con Axel hasta que sonó el teléfono. Escuchar la voz de Jordi me sobresaltó y sentí la necesidad de salir corriendo, pero su hijo permaneció dentro de mi culo. Cuando me ordenó que colgara, no lo hice. Entonces comprendí que había cometido un error.

Jordi podía escuchar mis gemidos y la respiración pesada del hombre que me estaba penetrando. Y, en lugar de colgar, continuó escuchando todo lo que estaba sucediendo.

No solo se conformó con penetrarme, Axel también retorció mis pezones bajo la camisa. Era extraño sentirse tan necesitado y desesperado por un niñato de su edad. Solo quería que siguiera dentro de mí mientras la idea de tener a su padre excitado al otro lado de la línea me volvía loco.

Presioné con fuerza la polla de Axel y jadeé. Me encantaba sentirme lleno y destrozado por él.

—¿Te encuentras bien, Dídac?

Escuchar mi nombre con su voz y ser penetrado por su hijo estuvo a punto de hacer que me corriera. Axel siguió empujando hasta el fondo y tuve que buscar la manera de disculparme con Jordi una vez que recuperara el aliento.

—Lo siento, pero ahora mismo… estoy ocupado.

Deseaba que se quedara un rato más en esa llamada, y que me escuchara colapsar con su hijo. Aunque Jordi no lo hizo. Comprendió que estaba con alguien, se disculpó y colgó.

—¿Acabas de rechazar a mi padre?

Su castigo no cesó. Siguió moviendo sus caderas con fuerza esperando una respuesta. Y no le mentí. No podía ignorar a su padre, pero tampoco era tonto. Me estaba encantando estar con él. El problema era que solo era un crío.

—No. —Intenté levantarme de la cama, y terminé hundiendo las rodillas mientras sostenía su peso sobre mi espalda—. Lo veré más tarde.

Al parecer le molestó. Tanto que me agarró del cuello con ambas manos para impulsarse con más fuerza. Esos movimientos bruscos, la falta de aliento… provocaron una oleada de placer que recorrió todo mi cuerpo y me obligó a pedirle de manera humillante que no se detuviera. Estaba a punto de alcanzar mi límite, y él no tardaría en correrse.

—¿Te gusta que te estrangule?

Estaba tan embriagado con las embestidas y la forma tan retorcida que tenía de hacerme daño que el placer estalló y terminé mojando las sábanas de su cama.

Axel me sostuvo para que no cayera sobre mi propio semen. Siguió jugando conmigo mientras gruñía y marcaba mi cuello con sus dientes. Entregarme a él era lo mejor que me había pasado en años. Siempre esperé que Jordi me viera y comprendiera lo enamorado que estaba de él, así que me limité a relaciones esporádicas, pero nunca había disfrutado de un polvo tan intenso y ardiente como ese.

Siguió penetrándome por detrás hasta que no pude más. El placer se apoderó de él y me llenó por completo. Tragué cada gota que desperdició dentro de mí y acabamos tirados sobre el colchón.

—Se me olvidó ponerme un preservativo —dijo mientras intentaba relajarme—. No suelo hacer estas cosas…

—Tranquilo.

Lo forcé a salir de mi interior y me senté al borde de la cama. Mientras me seguía mirando, limpié la humedad de mis piernas con mi propia americana.

—Sabes que mi padre nunca se fijará en ti, ¿verdad?

Lo miré por encima del hombro. Me dolía escuchar la realidad.

—No importa todo el alcohol que le des —rio y buscó un cigarrillo que había dejado en la mesita de noche—, nunca te follará como lo he hecho yo ahora mismo.

—¿Esto te molesta?

—Me da igual —respondió, jugando con la ruedecilla del mechero—. Solo intento decirte que olvides la idea de que mi padre pueda dejar a mi madre por ti. Solo eso —se levantó y se dirigió al balcón para fumar—. Ya te puedes ir. Gracias por el polvo, Dídac.

Eso sí que me molestó. Que un niñato como él me humillara y se riera de mí me enfurecía.

—Qué te den —solté antes de desaparecer.

Capítulo seis

Dídac Puig

Jordi decidió que sería buena idea cenar y tomar unas copas en una de las discotecas más exclusivas que podía ofrecernos Shanghái. La música sonaba más alta de lo normal, los clientes eran muchísimo más jóvenes que nosotros, y ni siquiera bebimos alcohol fuerte, de más de cuarenta grados, porque mi amigo no quería emborracharse de nuevo.

—¿Podemos hablar de lo que ha pasado este mediodía? —preguntó, soltando su copa y conteniendo las ganas de reír. En el fondo, Jordi sí escuchó más de la cuenta—. ¿Has conocido a una mujer y la has llevado a tu habitación?

«*No sirvió de nada decirte que estaba enamorado de ti hace más de veinte años*.»

—Sí —seguí ese absurdo juego—. Estaba tan… distraído que ni me di cuenta de que había descolgado tu llamada.

—¿Distraído? ¡Ja! Estabas excitado y disfrutando de tener sexo con una mujer. No hay problema —me golpeó el hombro para felicitarme—. Estoy muy contento. Últimamente estabas más serio de lo normal. Llegué a pensar que Axel había hecho algo malo porque no dejabas de tratarlo con indiferencia. ¡Pero el sexo lo arregla todo!

¿Él también me veía como un tipo aburrido y cascarrabias?

—¿Crees que soy un viejo amargado?

Sacudió la cabeza.

—Eres un hombre serio. A veces eres duro con algunos empleados, pero al final del día, la empresa sigue funcionando gracias a ti —me guiñó un ojo y se levantó—. Vamos a hacer una

cosa. —Masajeó mis hombros y eso me puso nervioso—. Llámala, dile que tu socio se ha ido y que estás solo en la discoteca Míng Yuètan. Sé travieso con ella. Sedúcela y disfruta de la última noche que nos queda en Shanghái. Luego no quiero que te arrepientas.

Quería que follara con otra.

¿Por qué no comprendía que Jordi no era para mí?

Intenté retenerlo, pero él insistió en dejarme solo para que pudiera reunirme con mi amante. No me quedó más remedio que pedir algo más fuerte y terminé golpeando mi estómago con absenta.

Las copas continuaron llenando la mesa en la que me encontraba solo. La música me provocaba dolor de cabeza y las luces parpadeantes de neón me empujaron hacia la barra para pagar mi cuenta y escapar de aquel lugar tan moderno y juvenil.

Eché otro vistazo rápido a mi alrededor y vi cómo las parejas se divertían bailando en el centro de la pista y cómo algunos grupos de amigos se reunían en los reservados de la planta superior.

Lo que no esperaba era ver a Axel esa noche.

Y ahí estaba.

Con un grupo de mujeres.

Brindando mientras bailaba con todas ellas.

Me molestó verlo sonreír.

Agitar la botella de champán mientras humedecía los vestidos de todas sus acompañantes.

Por un instante, sentí que los dos Blanc habían conspirado contra mí: uno estaba destinado a destrozarme el corazón, y el otro a jugar cruelmente con mi pobre autocontrol.

El alcohol me llevó hasta su reservado. Empujé a unas cuantas personas por las escaleras y, cuando lo alcancé, me dejé caer en el sillón aterciopelado hasta que se dieron cuenta de que había un intruso. Una de sus acompañantes me tendió una copa y la llenó de champán.

No quería más.

Así que la arrojé al suelo.

Las jóvenes gritaron y me defendí:

—Diles que se marchen. Quiero hablar contigo a solas.

Axel se disculpó con ellas en inglés y esperó a que se marcharan para sentarse a mi lado.

—¿Estás bien?

—¿No te sorprende que interrumpa tu diversión?

—Es típico de ti —dijo, mientras giraba mi rostro para que lo mirara—. Pensé que habías salido con mi padre a cenar. ¿Has tenido una cita agradable con él?

Negué con la cabeza.

—Se ha ido y me ha pedido que me follara a alguien.

—Hasta mi padre se ha dado cuenta de que necesitas echar un polvo de vez en cuando —se burló, pero en ningún momento se alejó de mí—. ¿Se lo has propuesto y se ha asustado?

Quería que dejara las burlas.

Que se centrara en nosotros dos.

Que no mencionara a Jordi.

Me escurrí del sofá, acabé sentado en el suelo y aparté sus piernas para colarme entre ellas. Axel alzó una ceja divertido y

detuvo mi mano al darse cuenta de que había bebido más de la cuenta.

—Estoy cansado de ser un hombre responsable y obsesionado con su trabajo —pegué mi mejilla a su tonificado muslo—. No quiero ser el tipo amargado que todos ven. No esta noche. ¡Joder! Soy el primero que mañana se arrepentirá, pero… ayúdame, Axel. Ayúdame a que esta última noche en Shanghái sea divertida y me haga olvidar por unas horas a tu padre.

Alzó mi barbilla y aproximó su boca a la mía.

—¿Y qué gano yo, Dídac?

—Haré todo lo que me pidas.

Quería servirle y obedecerle en cualquier estupidez.

—En cuanto te arrodillaste, supe que harías todo lo que te pidiera. No solo te pone cachondo mi padre… también disfrutas humillándote ante un crío como yo. Está bien —lamió mis labios, dejándolos empapados de su saliva—. Vamos a jugar. Ahora mismo. Que nos vean los demás follar en este reservado.

«¿*No vamos a volver al hotel*?», pensé, algo asustado.

Capítulo siete

Axel Blanc

Quería llevarlo al límite. Ahogarlo con mis besos, estrangularlo con mi polla y follarle hasta que se olvidara de mi padre. Lo besé con desesperación y lo levanté del suelo para sentarlo en la mesa más cercana. Me ocupé de quitarle la americana y de arrancarle todos los botones de la camisa que me estorbaban.

Ni siquiera necesité inmovilizarlo; dejó caer sus brazos detrás de la espalda y se arqueó cuando mi lengua recorrió todo su torso. Su piel era suave, pálida y tenía los pezones duros, listos para ser torturados. Los lamí, los saboreé con un poco de champán y los succioné hasta dejar una marca típica de Axel Blanc.

Verlo tan obediente y pasivo me hirvió la sangre y despertó a la bestia que tenía entre las piernas. Dídac era un hombre serio, con varias líneas marcadas en la frente por estar irritado con cualquiera que no fuera su tipo ideal. Durante años, tuvo que acostarse con otros hombres porque no encontró a alguien como mi padre.

Hasta que me encontró a mí: el único dispuesto a hacerlo suyo sin importarle su edad ni su maldito mal carácter.

Y lo mejor de todo era que empezaba a encapricharme con él.

Solo tuve que probar su trasero para saber que sería mío y que lo follaría todas las veces que quisiera sin recibir un no rotundo. Dídac estaba dispuesto a ponerse de rodillas ante mí y dejar que lo humillara en un sitio público.

El señor Roig ya era mío y de nadie más.

—Vamos a tener que romper esos pantalones si quiero follarte con ellos puestos.

Intentó protestar, pero solo tuve que lanzarle una mirada para que entendiera que no tenía el control de la situación. Dejamos de estar cómodos en los asientos y empujé su cuerpo hasta la barandilla. El frío metal acarició su piel y aproveché para quitarle el cinturón y rasgar un poco la tela que se interponía entre mi polla y su trasero.

—Mierda —susurré.

No solo me estorbaban los pantalones, también estaban sus bóxers.

—Vamos a tener que bajarlo todo —dije, disfrutando de su sufrimiento. Una vez expuesto, cualquier mirón que levantara la cabeza hasta nuestro reservado nos vería follar. —Ni se te ocurra protestar, Dídac.

—Estás como una puta cabra.

—Lo sé —reí.

Levanté una de sus piernas y la acomodé en la barandilla. Me apresuré a humedecer su agujero y lo lubriqué hasta que encajé un par de mis dedos en su interior. La lujuria de Dídac me estaba volviendo loco y sus gemidos no dejaban de invitarme a penetrarlo.

Quería ir lentamente, disfrutar de cada embestida antes de correrno s. Pero estaba tan desesperado como él. Así que guie mi polla hasta su entrada y la presioné hasta quedar enterrado en su interior. Repasé las marcas que dejé en su cuello y comencé a moverme. No podía dejar de balancearme contra él, de golpear su interior mientras sus manos se aferraban a la barandilla y le temblaba la pierna alzada.

—Deberías empezar a gemir mi nombre.

Por un momento me ignoró, así que mordí el lóbulo de su oreja para que se concentrara en mí.

—¿Por qué no te limitas a follarme? ¿Te da miedo que piense en tu padre?

Me molestaba.

Por supuesto que sí.

Era yo quien lo estaba haciendo jadear, sudar y suplicar para darle el mejor orgasmo que jamás había sentido.

—He sido yo quien te llenó de semen esta mañana, y el que piensa correrse de nuevo dentro de ti —susurré, tirando de su cabello para pegar nuestras mejillas—. ¿De quién es la polla que estás ordeñando?

Lo bajé de la barandilla, le di media vuelta y lo cargué para volver al reservado. Dídac luchaba por mantener mi polla dentro de él en el pequeño trayecto que hicimos. Lo dejé caer sobre el sillón y volví a embestir ese culo que seguía ignorándome.

—Responde a mi pregunta.

Entre gemidos contestó:

—Es tuya. La polla que tengo en mi interior es tuya, Axel.

Se me escapó una sonrisa socarrona.

Me gustaba ganar.

Siempre ganaba.

—Axel —gritó mi nombre mientras se retorcía de placer en el sofá y me bañaba con su semen.

Estuvo tan exhausto que casi se quedó dormido.

Continué embistiéndolo, acercándome a sus labios para devorarlos en otro beso. El placer se apoderó de mi cuerpo y sus caderas no dejaron de moverse mientras mis jadeos se mezclaban con sus gritos.

Su agujero me apretó con fuerza, arrancándome un gruñido al correrno. Dídac sonrió, dejándome hundirme hasta el fondo de su interior mientras vaciaba todo mi semen dentro de él.

Mientras recuperábamos el aliento, lo miré de arriba abajo.

Ya no era solo el hombre rígido que quería humillar.

Era alguien que ardía cuando lo empujaban al límite.

Y descubrí que eso me gustaba más de lo que debería.

Capítulo ocho

Axel Blanc

Antes de volver a mi habitación para recoger mis cosas y organizar la maleta, me aseguré de que Dídac regresara a la suya. Cuando me despedí, me sorprendió que me retuviera del brazo y me suplicara que me quedara un rato más con él.

No me hice de rogar y terminé en su suite mientras volvía a buscar alcohol con desesperación. Al parecer, fui el único que disfrutó de nuestro encuentro sexual y él empezaba a arrepentirse.

—Será mejor que me marche.

Cogió la botella de whisky e impidió que saliera de nuevo.

—Por favor, quédate. Toma una copa conmigo.

—No suelo beber demasiado, Dídac. Aunque no te lo creas —miré su mano aferrada a mis dedos—, mi límite está en una cerveza y un poco de champán.

Él agitó su vaso de cristal y, aprovechando que estaba sentado en la cama, apoyó la cabeza sobre mi hombro. Guardó silencio durante unos minutos hasta que el alcohol lo empujó a hablar más de la cuenta.

—¿Cuántos años tienes?

—Dentro de dos semanas cumpliré veintisiete.

«¿*Es para ti un problema mi edad*?»

Pero fue mucho peor.

—Son los años que llevo enamorado de tu padre.

Se me hizo irritante seguir escuchando su amor no correspondido. Al principio estuvo bien. Fue la excusa perfecta para burlarme de él, verlo indefenso y hacerle entender que no podía pasarse toda su puta vida mirándome por encima del hombro.

Pero, al parecer, Dídac lo estaba pasando peor de lo que imaginaba. Nunca me había enamorado de alguien que me dijera que no, ni tenido que soportar que me rechazara por otra persona mientras compartíamos una empresa.

Me costaba ponerme en su lugar porque siempre conseguí todo lo que quise, incluso a las personas.

—Nunca le haría daño a tu madre. Es una buena mujer que se llevó al mejor. Sé que Jordi no me verá como algo más. Soy su amigo, su socio… —tomó aire—. Sigo sin entender por qué no puedo olvidarlo. Por qué no acepto que mis fantasías nunca se harán realidad. Y ahora me siento culpable.

—¿De qué?

—De acostarme con su hijo.

Se inclinó hacia delante y empezó a hiperventilar. Acaricié su espalda, pero en ningún momento fue capaz de soltar la copa.

—Debería alejarme de él. He pensado en dejar la presidencia de Bluig Biotecnologies y permitir que os hagáis cargo padre e hijo. Es lo mejor para todos. Es lo mejor para mí.

—¿Vas a dejarlo todo porque mi padre no te corresponde?

Asintió.

—Me estoy comportando como un niñato. Lo sé —dio otro trago a su whisky—. Si quiero seguir con mi vida, tengo que apartarme de él.

Era tan patético verlo llorar por otro hombre.

Y, en el fondo, me molestaba que no lo hiciera por mí.

—Dile que lo quieres. Antes de dejar la empresa.

—¿Estás loco?

—No te molesta que mi padre no te corresponda. Te duele que te ignore. ¿O me equivoco?

A mi padre nunca le importaría con quién compartiera su vida su mejor amigo. El problema estaba en Dídac, que no era capaz de pasar página y vivía aferrado a una historia ficticia que lo estaba consumiendo.

Intentó replicarme, pero alguien llamó a la puerta.

Escuchamos la voz de mi padre y lo levanté de la cama para que reuniera valor y terminara de una vez lo que tenía pendiente. Me escondí detrás de la puerta y escuché con atención todo lo que pudiera decirle a su amigo.

—¿Estás bien, Dídac?

—Sí —respondió con voz temblorosa.

—Mi hijo todavía no ha vuelto y pasaba para recordarte que mañana vendrán a recogernos a las seis de la mañana. ¿Has recogido todas tus cosas?

—Jordi…

—Dime.

Estaba a punto de confesarle que lo quería.

Que estaba dispuesto a dimitir y alejarse de él.

«¿*Por qué siento pena por este hombre cincuentón*?»

—Yo… La verdad es que yo…

Y no pude evitar intervenir.

Empujé un poco más la puerta a la que se aferraba Dídac y salí de mi escondite. Mi padre se sorprendió al verme con su amigo y, antes de que me preguntara qué hacía allí, intenté librarme de la situación.

Porque sí, me molestaba verlo en ese momento.

Me irritaba que él tuviera la atención de Puig.

—Está borracho, papá. Lo he traído a la habitación y debería dormir.

Dídac guardó silencio.

—Entiendo —nos miró a ambos—. Lamento que hayas visto lo peor de nosotros dos en este viaje —se refería a la noche en que él también acabó como una cuba—. Date una ducha, Dídac. Será mejor eso que beber una taza de café con sal.

—Lo haré.

—Y tú no te vayas muy tarde a dormir —me pidió.

Pasé uno de los brazos de Dídac por mis hombros y sostuve su cuerpo bajo la atenta mirada de mi padre.

—Os veo mañana.

—Buenas noches, papá.

Cerré la puerta sin importarme si se había movido.

Arrastré a Puig hasta la cama y lo tumbé para que descansara.

—¿Por qué no me has dejado…?

—Porque eres un cobarde. Asúmelo. Mi padre nunca se fijará en ti. Y, si te vas de Bluig Biotecnologies, pienso arruinar la empresa solo por joderte. ¿Te ha quedado claro?

Quería asustarlo.

Que reaccionara de una maldita vez.

—Eres un buen chico.

«*En realidad, soy idiota*.»

Capítulo nueve

Dídac Puig

Desperté solo, como de costumbre. La única excepción era la nota que habían dejado sobre la mesita de noche. Era la letra de Axel:

Ha sido un gran fin de semana.

Gracias.

Me sorprendió que me diera las gracias, considerando que me porté mal con él.

Recogí todas mis cosas, me reuní con los Blanc en la recepción del hotel y guardé silencio durante todo el viaje, necesitando reflexionar sobre mi comportamiento.

Fue fácil aceptar que Jordi nunca me daría una oportunidad; lo difícil era asumir que había disfrutado acostándome con Axel. Me gustó más de lo que debería, y eso me desconcertaba. No solo por la diferencia de edad, sino porque, en el fondo, temía haberlo hecho por ser el hijo del hombre al que nunca pude tener.

***

Cuando por fin llegué a mi apartamento, a punto de disfrutar de una buena ducha, alguien llamó al timbre. Me cubrí con una toalla y abrí sin pensar.

—¿Axel? —me sorprendió verlo ahí, después de habernos despedido en el aeropuerto.

Había cambiado el traje por un chándal cómodo. Se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta.

—Necesito decirte algo —soltó—. He hablado con mis padres y les he comunicado que me tomaré un año sabático. Voy a dejar Bluig Technologies. No estoy preparado para vuestro ritmo de trabajo —me guiñó un ojo, intentando sonar divertido—. Tienes suerte de librarte de este vago que solo te ha dado dolores de cabeza.

—¿De qué hablas?

Se encogió de hombros.

—¿Es por lo que pasó en Shanghái?

—Sí y no.

—Explícamelo —le exigí.

¿Por qué me importaba que se alejara de mí?

—Ya te lo he dicho, Dídac. Me lo he pasado bien contigo. Ha sido divertido follar contigo.

—¿Pero…?

—No puedo estar contigo todos los días, tener ganas de ti mientras sigues enamorado de mi padre. Si tú guardas tu secreto, yo intentaré mantenerme lejos —se acercó y depositó un fugaz beso en mis labios—. Además, dentro de poco vosotros os jubilaréis y yo seré el dueño. Puedo esperar un poco más. Espero que todo te vaya bien, Dídac Puig.

Intentó retirarse, pero reaccioné antes de que pudiera darse la vuelta. Lo sujeté de la sudadera y lo empujé hacia el interior del apartamento.

—No te vayas.

Su mirada cambió.

Volvió esa sonrisa retorcida que me mostró cuando me arrodillé ante él.

—Joder, Dídac —pegó su frente contra la mía—. Si entro, será para follarte. Has abierto la puerta con una maldita toalla que me ha puesto cachondo. Además, estás mostrando a todos los chupetones que te dejé. No me estás facilitando las cosas.

Mi corazón latió con fuerza, y la idea de que me quitara la toalla y volviera a hacerme suyo me volvía loco. Todo se complicaba, pero quería seguir cayendo en el caos al que me empujó.

—Por favor —odié lo vulnerable que sonaba mi voz—, quédate conmigo.

Cerró la puerta detrás de él y Axel me levantó del suelo.

—No te vas a arrepentir.

—No lo haré.

Me llevó hasta el sofá de cuero y me acomodé para contemplar cómo se desnudaba de cintura para abajo. Estaba tan desesperado por sentirlo dentro de mí que tiré de mi toalla y me abrí de piernas, exponiendo mi tembloroso y ansioso agujero.

Axel se arrodilló delante de mí y agarró mis caderas para tumbarme. Una vez expuesto, su lengua recorrió mi trasero hasta que penetró mi entrada. Me aferré a su cabello castaño mientras jadeaba y suplicaba que siguiera tocándome.

Me mordí el labio y empecé a masturbarme.

—Mi entrada está empapada de tu saliva. ¿Por qué no me follas?

Él rio.

—Dime otra vez que te folle. Suena muy bien.

Apartó mi mano para chupar mi polla y eché la cabeza hacia atrás cuando el placer recorrió todo mi cuerpo. No quería correrme en su boca. Quería que me jodiera de una vez.

—Fóllame, Axel.

Que un hombre de mi edad se humillara ante un niñato como él… lo volvía loco.

Se acomodó en el sofá, pasó mis piernas por encima de las suyas y presionó su polla contra mi agujero. Cogí aire antes de sentirlo dentro de mí y grité cuando empezó a follarme.

Me encantó su actitud chulesca, la forma en que se balanceaba para darme placer y cómo acariciaba mis labios con los dedos hasta empujarlos en mi boca. Lo miré fijamente y le supliqué, con lágrimas en los ojos, que siguiera moviéndose hasta que nos corrimos los dos.

—Te encanta que esté dentro de ti, ¿cierto?

La cabeza me daba vueltas; no podía dejar de chupar sus dedos como si fueran otra polla, y, por si fuera poco, estaba a punto de correrme.

—Me… encanta —ni siquiera me entendió, pero aun así luché por articular esas palabras.

Axel golpeó con más fuerza mi interior y terminé corriéndome hasta que el líquido brotó a borbotones. Axel no tardó en acompañarme mientras frotaba mi miembro y se liberaba en mi interior.

El sexo con él era fantástico.

¿Cómo iba a alejarse de mí?

Y mientras me perdía en él, comprendí que no era solo una aventura peligrosa.

Era mi punto de no retorno.

Capítulo diez

Dídac Puig

Habían pasado unos meses desde nuestro viaje a Shanghái, y Axel seguía visitándome. El problema surgía cuando se presentaba en mi despacho con un condón entre los labios y me pedía que me sentara a horcajadas sobre él.

La culpa era mía.

No podía decirle que no.

Al contrario.

Le obedecía.

Mientras cerraba la puerta, yo me bajaba los pantalones y lo esperaba ansioso. Axel ocupaba mi asiento, me acomodaba sobre él y me penetraba hasta que me corriera.

—Esto no está bien.

—¿Quieres que te folle sobre la mesa?

—No —detuve su mano que estaba a punto de quitarme la corbata—. Lo que intento decirte es que deberíamos dejar de vernos en la oficina. ¡Joder, Axel! —gemí al notar sus dientes clavarse en mis pezones—. Vivimos juntos. ¿No puedes esperar a que llegue a casa?

Negó con la cabeza e hizo un puchero.

—Quiero follarte a todas horas.

—Tengo que trabajar —le recordé.

Tenerlo tan enterrado dentro de mí me hacía gemir de desesperación. Empecé a cabalgarlo para que se corriera antes de

tiempo y saboreé su boca mientras nuestras lenguas se entrelazaban.

Me encantaba Axel.

Su temperamento.

Sus órdenes.

Su polla.

Que me follara cuando quisiera.

Caí rendido ante ese niñato.

Me preocupaba no seguirle el ritmo.

¿Pero follarme en el despacho que compartía con su padre?

Eso estaba fuera de lugar.

¿O no?

Su frente acabó cubierta de perlas de sudor, y sus ojos pardos me suplicaron que no volviera a protestar; que siguiera disfrutando de su compañía y me retorciera de placer al retener su polla en mi interior.

—Me corro —dije, y él lo agradeció.

Estaba tan lleno de energía que, cuando llegáramos a casa, acabaríamos volviéndolo a hacer.

Dejó caer su rostro sobre mi pecho y me abrazó con todas sus fuerzas.

—Me ha dicho tu padre que la semana que viene te reincorporarás.

—Sí, ya no puedo alargar más la excusa. Es hora de trabajar.

Levanté su cabeza y le aclaré que, delante de los demás trabajadores, no podía hablarme con tanta confianza.

—Nadie puede saber que estamos juntos.

—¿Por qué?

—Porque no es profesional. Así que se terminó follar en el despacho. ¿De acuerdo, Axel?

No respondió.

Pero sonó el teléfono.

No me quedó otra que descolgar.

—¿Hola?

—¿Cómo estás, Dídac? —era Jordi, llamando desde Portugal, donde disfrutaba de sus vacaciones con su esposa—. Recuerda que el lunes que viene mi hijo volverá a la oficina. Dile a Jaume que le prepare su despacho y que le ponga algo de trabajo extra. Se lo merece —dijo entre risas—. Te agradezco que no te molestara la decisión que tomó. Además, tenemos que sentarnos los tres y hablar de esa relación que tenéis.

Miré de inmediato a Axel.

Él solo sonrió.

—Jordi…

—No te preocupes. No estoy molesto, pero Leire quiere que vengas a casa a comer. Ni siquiera sabíamos que estabais viviendo juntos —empezó a cortar la llamada—. Nos vemos en unos días.

—Adiós, papá.

Y colgó.

—¿Eres idiota?

—¿Por reclamar lo que es mío?

Bueno, si había aceptado estar con un hombre como yo, ¿por qué no se lo diría a sus padres?

Me relajé y busqué sus labios.

Mi vida había cambiado. Dejé de pensar en Jordi, de amargarme por tonterías y comencé a disfrutar del día a día con mi compañero de vida.

Por fin había conseguido ser feliz y enamorarme de alguien que me correspondía.

Fin.

Siguiente libro de
Millonarios y malvados
Obediente

Otros libros escritos por el autor

hombres sucios de la mafia
Bestia indomable
Ángel indomable
Pasión indomable
Furia indomable
Corazón indomable

Bandidos de carretera
Seducido por un motero
Cautivo por un motero

Bandidos de carretera
Arrogante

Contacta conmigo

Tiktok: @author.aserheart
Instagram: @author.aserheart
Correo electrónico: AserHeart@outlook.es